

El Libro

(Sergio Fritz Roa)



El origen del Libro no es conocido (como tampoco su autor). El Libro necesitaba un nombre, por lo cual se lo llamó simplemente El Libro.

Oscuras leyendas lo rodean. Se dice, por ejemplo, que su comprensión implica la locura y devastación del alma. Esto lo había dicho un no menos extraño ser: H. P. Lovecraft, escritor obsesionado por el que puede considerarse como el problema esencial de la literatura: la relación entre el Verbo y el tiempo.

Otros, en cambio, aseguran que su letra puede permitir el acceso a universos paralelos al nuestro, brindando a su lector la añoranza de ser un viajero cósmico.

Por supuesto no han faltado los incrédulos, para los cuales sólo remotamente podría haber existido un tal volumen, puesto que la mentalidad moderna, racionalista, no sería involucrada en una aventura tan extravagante. En resumen: para ellos el Libro debió existir en un momento en que la magia y la superchería fueran leyes. Un tiempo en que Descartes, la física y las teorías de Einstein, no pudieran respirar ni desarrollarse. Por esto, no han faltado quienes lo han buscado en sarcófagos, pirámides o en las primeras abadías.

(He sabido de buscadores incansables que han estudiado arqueología con el único propósito de hallar el preciado documento).

Creo que puedo decir -y con autoridad- algunas cosas respecto del Libro.

Uno: el Libro existe.

Dos: el Libro contiene un saber demasiado antiguo para concebir.

Tres: el Libro se autogenera.

Esto último es importante. Esto ayuda a entender el siguiente dogma:

Cuatro: el Libro siempre ha de existir (aclarando que “siempre” ha de entenderse como “siempre que hayan humanos”).

Necesito explicarme.

El Libro no es un libro cualquiera. Es más que un libro. Su creador -sea Dios, un *djinn* o un hombre- lo diseñó de tal forma que no fuera un mero conjunto de hojas y letras. Algo -y subrayo esta palabra, pues me es imposible definirlo- tiene el Libro, una cualidad única, que le permite ir ampliándose. Esto en cuanto a número de hojas (hojas perfectas en su elaboración, tamaño y sentido gramatical).

Es así como, siendo en un comienzo una sola hoja, hoy contiene más de novecientas, y con toda seguridad irá aumentando su cantidad en forma avasalladora. El papel está confeccionado de una exquisita substancia que seguro no pertenece a árbol conocido en nuestro planeta (o al menos a un árbol desconocido en mucho tiempo). Sus

tapas son de gran dureza y su color es carmesí. En su portada se ha plasmado el símbolo de *Ouroburos*, y ha sido acompañado de caracteres en una lengua que, creo, ningún filólogo o arqueólogo podría traducir. Su interior contiene historias, las que van acompañadas de un grabado del narrador. Hay una imagen por cada página; de modo que son más de mil ochocientos los retratos (y todos ellos son espantables).

Una curiosidad: la primera página no contiene grabado y sólo hay escasas letras del infernal idioma que se plasma en la tapa. Hay un símbolo en el vértice superior izquierdo, y si mal no recuerdo es el del *AUM* hindú.

El Libro existe, existió y existirá. Y esto me consta. Y lo digo, pues en torno al mismo hay una verdad que no he dicho y que permite la comprensión de mis cuatro enunciados anteriores: El Libro se alimenta de sus lectores, quienes pasan a formar parte del Libro.

Yo estoy en la página 1805.

© Sergio Fritz Roa.

URL DEL RELATO: <http://www.bajoloshielos.cl/libr.pdf>

VISITA: www.bajoloshielos.cl/sergio.htm

CONTACTO: sergio_fritz@yahoo.com